

luchando ella misma contra el instinto que tan alto habla en las naturalezas poco afinadas y mal protegida por la voluntad de esas razas inertes y pasivas. Volvía la cabeza tan pronto hacia la pared como hacia el cuarto para evitar las caricias de la boca que buscaba la suya, y retorció el cuerpo bajo la sábana, fatigada, casi rendida. Él se mostraba cada vez más brutal, impulsado por su deseo. La descubrió con brusco movimiento. Entonces comprendió que no podía resistir más, y obedeciendo á un pudor de avestruz se tapó la cara con las manos y cesó de defenderse.

El amo pasó el resto de la noche con ella. Volvió al día siguiente y todos los demás.

Hicieron vida marital.

Una mañana le dijo el rústico:

—He hecho publicar las amonestaciones; nos casamos el mes que viene.

Rosa no contestó. ¿Qué podía decir? No resistió. ¿Cómo hacerlo?

IV

Se casaron. Sentíase Rosa como hundida en un agujero sin fondo, de inaccesibles bordes y toda suerte de desdichas la amenazaban, como rocas prestas á desplomarse. Su marido le hacía el efecto de un hombre á quien hubiese robado y que tarde ó temprano descubriría el delito. Pensaba luego en su hijo, causa de sus pesares, pero también de las únicas dichas sentidas.

Iba á verle dos veces todos los años y volvía cada vez más triste.

Sin embargo, el tiempo calmó su inquietud, reposó su corazón y vivía más tranquila aun cuando un vago temor asaltara de cuando en cuando su alma.

Pasaron años; el niño tenía seis. Sentíase Rosa casi feliz cuando de pronto su esposo se puso taciturno y hosco.

Desde dos ó tres años antes parecía abrigar cierta inquietud, un torcedor que aumentaba poco á poco.

Permanecía largo rato en la mesa, con la frente entre las manos, triste, muy triste, roído por algún pesar. A veces sus réplicas eran brutales; parecía guardar rencor á su mujer, pues le contestaba de cuando en cuando con dureza, casi con cólera.

Un día que un rapaz de una vecina fué á buscar huevos y Rosa no estuvo nada amable con él, exclamó su marido:

—Si fuera tuyo, de otro modo le trataras.

Quedó cortada sin acertar á responder, y de nuevo despertaron sus angustias.

A la comida el aldeano no le habló, no la miró siquiera y parecía detestarla, despreciarla, saber algo en fin.

Trastornada, no se atrevió á quedar á solas con su esposo después de comer y corrió á la iglesia.

Anocheecía. La estrecha nave estaba oscura y en el silencio se oían pasos lejanos. Eran los del sacristán que preparaba la lámpara de noche para el tabernáculo. Aquel puntito de fuego, que oscilaba entre las tinieblas de la bóveda, apareció á Rosa como una última esperanza y fijando en él los ojos cayó de rodillas.

La luz subió por los aires con ruido de cadenas. Se oyó en el pavimento el salto de una persona que llevaba zuecos y el frote de una cuerda que arrasaba, y la campana tocó el *Angelus* de la tarde á través de la niebla cada vez más espesa. Cuando el sacristán iba á salir se le acercó Rosa.

—¿Sabe usted si el señor cura está en la rectoría?

—Creo que sí; come siempre á la hora del *Angelus*.

Entonces, temblando, abrió la barrera de la rectoría.

El cura se sentaba á la mesa. La hizo sentar.

—Sí, sí, ya sé; su marido me ha hablado del asunto.

La pobre mujer desfalleció.

—¿Qué quiere usted, hija mía?

Y tragaba con ansia las cucharadas de sopa que goteaba en la sotana grasienta, que marcaba la barriga.

Rosa no se atrevía á implorar ni á hablar tan sólo. Se levantó. El cura le dijo:

—Valor...

Salió.

Volvió á la granja sin saber lo que hacía. El amo la aguardaba; los braceros habían marchado ya. Entonces cayó Rosa á sus pies vertiendo torrentes de lágrimas.

—¿Qué es lo que te hice?

El empezó á gritar, á renegar:

—¡Que no podemos tener hijos, pardiez! Cuando uno se casa no es para pasarse toda la vida solo con su mujer. Esto es lo que tengo. Cuando una vaca no tiene terneras es que no vale nada. Cuando una mujer no tiene hijos es que tampoco vale gran cosa.

Ella lloraba, balbuceaba, repitiendo:

—¡No es culpa mía! ¡No es culpa mía!

Entonces su esposo se amansó algo y añadió:

—No digo esto; pero de todos modos es fastidioso.

V

Desde aquel día Rosa sólo tuvo un pensamiento, un deseo: tener un hijo, otro hijo y explicó su deseo á todo el mundo.

Una vecina le indicó un buen medio: hacer beber cada noche á su marido un vaso de agua con un poquito de ceniza. El aldeano se prestó á ello, pero sin resultado.

Pensaron: "Quizá hay algún secreto para ello", y procuraron enterarse. Les indicaron un pastor que vivía á unas diez leguas de allí, y maese Vallín, engancho el birlocho fuese allá. El pastor le entregó un pan al que atribuía gran virtud, un pan amasado con hierbas y del que era preciso que comieran ambos un bocado antes y después de sus caricias.

Se consumió el pan entero sin obtener ningún resultado.

Un maestro de escuela les explicó misterios, pro-

cedimientos amorosos desconocidos en el campo, é infalibles según él. Nada consiguieron.

El cura aconsejó una peregrinación á la preciosa Sangre de Fécamp. Rosa se prosternó con la multitud en la abadía, y confundiendo sus votos á las greseras súplicas de los aldeanos, rogó á Aquél á quien todos imploran que la hiciera de nuevo fecunda. En vano. Entonces imaginó que aquello era un castigo por su primera falta y la sobrecogió un dolor inmenso.

El pesar la consumía; su marido también envejecía: "Se le pudren las sangres", decían los aldeanos.

Entonces hubo una verdadera guerra entre ellos. El la injurió, la pegó. Durante todo el día la regañaba y por la noche, en la cama, le lanzaba á la cara los insultos más groseros.

Una noche, no sabiendo qué inventar para atormentarla, le ordenó que se levantara y que esperara el amanecer ante la puerta tomando la lluvia. Como no obedeciera, la cogió por el cuello y la dió de puñadas en el rostro. Rosa nada dijo, no se movió. Exasperado le puso la rodilla en el vientre, y con los dientes apretados, loco de rabia, la mataba. Entonces ella sintió un impulso de desesperada rebeldía y con furia inaudita le rechazó hacia la pared, se incorporó y después, con la voz cambiada, ronca, exclamó:

—¡Tengo un hijo; un hijo mío! Lo tuve con Jaime, sabes, con aquel gañán que se marchó. Debía casarse conmigo: se fué.

El aldeano, estupefacto, permanecía inmóvil y, tan trastornado como ella misma, balbuceaba:

—¿Qué dices? ¿Qué dices?

Entonces ella se puso á sollozar, y murmuró en voz baja:

—Por eso no quería casarme contigo, por eso. No podía decírtelo; me habrías puesto de patitas en la calle. Tú en cambio no tienes hijos porque no sabes, porque no sabes.

Y él repetía maquinalmente cada vez más sorprendido:

—¿Tienes un hijo? ¿Tienes un hijo?

Ella pronunció entre dos sollozos:

—Me poseiste á la fuerza, supongo que te acuerdas. Yo no quería casarme.

Entonces él saltó de la cama, encendió una vela y se puso á pasear por el cuarto con las manos á la espalda. Ella lloraba, tendida en la cama. De pronto su marido se detuvo, y dijo:

—¿Qué culpa tengo de no tener hijos?

Ella no contestó y él volvió á pasearse; después, deteniéndose de pronto, preguntó:

—¿Qué edad tiene tu chiquillo?

Rosa murmuró:

—Va á cumplir seis años.

—¿Por qué no me has hablado nunca de él?

Ella gimió:

—¿Podía acaso?

Su esposo permanecía pensativo, inmóvil.

—Ea, levántate,—dijo.

Se levantó con esfuerzo, y cuando estuvo de pie

apoyada en la pared, él se echó á reír con alegría, como en los buenos tiempos de su matrimonio, y como la vió trastornada, dijo:

—Bueno; iremos á buscar á ese niño, ya que no hemos podido tener uno nuestro.

Sintió Rosa tal pavor que huyera de tener fuerzas para ello, mientras el aldeano se restregaba las manos, murmurando:

—Quería adoptar un chico; ya había hablado al cura para adoptar un huérfano; ya lo hemos encontrado.

Luego, sin cesar de reír, besó á su mujer en ambas mejillas y gritó como si temiese que no le oyera por lo trastornada que estaba:

—Ea, mamá, vamos á ver si han quedado unas sopas; se me ha abierto el apetito.

Se puso Rosa las sayas y el corpiño y bajaron; y mientras ella, de rodillas, soplaba el fuego bajo la olla, él, contentísimo, continuaba andando á grandes pasos por la cocina, repitiendo:

—De veras que me alegro; sí, va de veras, estoy contento, muy contento.

EL BURDEL